



NUEVA LECTURA DE MARIANO PICÓN SALAS

José Prats Sariol

Me gustaría compartir con cada uno de ustedes dos reflexiones sobre la obra del «porvenicista» —como él gustaba llamarse— que es Mariano Picón Salas. Deseo invitarlos no a la veneración del gran ensayista de nuestro idioma, sino a algo menos aburrido y menos frecuente: a leerlo. En Cuba o en Venezuela, en Salamanca o en Boston, se acostumbra a mencionar, tal vez a citar, pero cada vez menos a leer.

Van ya cinco enormes y complejísimos años de mi prólogo y antología **La conquista del amanecer**, que publicara la Casa de las Américas el año pasado. Al releer las casi cincuenta cuartillas de presentación, fechadas en abril de 1988, me vanaglorié —como hacemos todos— de algunos aciertos y virtudes de mi análisis, y me sonrojé —como no todo el mundo acostumbra— de ciertas debilidades. Por suponer un mínimo y un máximo de honradez intelectual, deseo comenzar este acto de comunicación por la autocrítica. Pienso que ella puede servir de sencilla advertencia contra los que dan las ideas por definitivas, contra esa especie de totalitaristas del pensamiento que por arrogancia, haraganería u oportunismo nunca cambian de parecer, de máscara.

Les confieso que entonces decidí comenzar de cero, es decir, releerme lo importante: la obra de Mariano Picón Salas. Sabía que para él la noción de libre albedrío no era colgarse un arete. La aventura —los diálogos con sus textos— me descubrió dos zonas casi inexploradas por mí en el otro acercamiento. Son ellas las que hoy les traigo con la fraternidad de un frailejón, como si quisieran ser un verso de Vicente Gerbasi.

La primera reflexión atañe a la palabra «porvenicista». ¿Qué significado alberga? ¿Qué dice la autodefinition? ¿Cuáles flechas quería lanzar Mariano Picón Salas? ¿Por dónde va ese sentido del porvenir, de lo por-venir?

Para la abrumadora mayoría de los escritores de habla castellana que frisaba la adolescencia en 1959, el voluntarismo futurista no fue una ficción. Yo viví cierto determinismo —positivista y, desde luego, marxista— incapaz de extrañarse de una concepción lineal de la historia y de los esquemas adosados a manuales. No totalmente liberado de cerrazones ideológicas programáticas, quise exigirle a los grandes escritores que me precedían que cabalgaran sobre el mismo dinosaurio del que comenzaba a huir velozmente. La represión de ciertos «ismos» cariaba la sonrisa. La pantera espantaba a los supuestos débiles, y la partera de la historia sólo abortaba, sólo sabía alejarse de la mayéutica.

Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Mañach o Arturo Uslar Pietri esperaban la relectura sosegada. La que acabo de hacer me permite sugerir algunas conjeturas, es decir, algunos arrojos, según enseña la preciosa etimología latina de la raíz.

Dos sustantivos: humanismo y eticidad, centran las claves de «porvenicista». A través de ellos se produce la aproximación al sueño, a la utopía, a un porvenir sin programas cerrados, élites

impermeables, políticos más interesados en su propia sobrevivencia que en la búsqueda de la felicidad para el ciudadano, para la familia.

Por supuesto que Mariano Picón Salas nunca negó la idea de que el porvenir debe ser mejor, menos malo. El significado de «porvenicista» alberga la propiedad de la esperanza, pero junto a ella la de otro prefijo adjuntable: de-venir, como algo inexorable e inatrapable. Y no olvidar, aunque sea bien obvio, que para venir primero se debe ir. Lo que viene ha salido de algún sitio. «Porvenicista» sale, busca afanosamente tal lugar de encuentro. Es futuro, claro, pero no ese monstruo que trató de sustituir a Dios por la Historia, no ese sueño iluminista que Hegel y sus discípulos convirtieron en una pesadilla —como certeramente observara Albert Camus en **El hombre rebelde**. La historia deviene, proviene, no se construye como un edificio, no se planifica desde ninguna capilla. Si algo admite es contradicción, réplica, fragor de ideas. Por ello exige —y Don Mariano fue un ejemplo— permisibilidad, admisión del diálogo, democratización sin estratos verticales de poder, sin omniscientes magos dueños de la verdad absoluta o manipuladores de la banalización. «Porvenicista» en fin —en este fin de milenio— rechaza tanto la contradicción de la neoliberal poshistoria, que parte de su enemiga, como la sordidez postergatoria y clausurada del diseño paternalista.

Quisiera recordar un precioso ensayo de Don Mariano: «Profecía de la palabra». Allí dice: «Cuando las masas piden pan resulta inoportuno, por lo menos, ofrecerles una ración de puro espíritu. Y nada se logra escribiendo discursos o tratados elegíacos sobre el hombre masa, sobre la vulgaridad de las multitudes, si no contribuimos a solucionar el conflicto tan contemporáneo entre cultura y colectividad». La ironía inicial, ese «inoportuno» que estalla, revela al avanzar hacia la oración final cuán lúcido estuvo el gran merideño ante los conflictos entre masa y poder, y entre «física» y «metafísica», tan lacerantes aún en nuestro Sur de hambrientos y analfabetos, de explotadores y corruptos.

En el mismo ensayo, que no por azar abre mi antología, afirma: «Falta coordinar estas conquistas de la reflexión y el laboratorio en un sistema integral de justicia humana, domar el lobo prehistórico que aún aulla en nosotros; organizarnos en serio para la cooperación». Vale comentar que tal «cooperación» sólo es posible de una forma pluralista, sin egoísmos de sectores y sin discriminaciones alienantes, sin ultranacionalismos y sin embaucadores.

El lobo, desde luego, sigue aullando aquí y allá, en cada instante en que se cierra una ventana hacia el respeto a la diversidad política o sexual. Más adelante agrega: «Se dice, de pronto, familia, propiedad privada, patriotismo, y cada una de estas palabras actúa como cancerbero feroz que, según la ideología tribal, no consiente examen». Valdría preguntar: ¿Cuántas veces a lo largo de la vida no se escucha la orden militar que se envuelve en frases apodícticas, en expresiones del corte de «no hay duda alguna», «afirmamos sin pestañear»; cuando no se ha exigido disciplina y disciplina, cumplimiento ciego, aplausos y aplausos, levantar siempre la mano, aceptar dogmáticamente?

«Táctica —dice Don Mariano en el último párrafo de su «Profecía»— es una palabra de gran empleo moderno y que a veces sirve para escuchar el silencio ante la verdad. Si tales mitos se generalizaran, si una moral universal no supera los intereses del grupo, sí que estaría en grave peligro la cultura humana». Y agrega, luego de rescatar la tan desacreditada palabra «progreso»: «Queda bien claro que esta palabra que indica la peripecia del hombre en la continua conquista del mundo, no es sólo la acumulación de datos y experiencias; la infinita línea recta con que soñó el racionalismo de los días de la Ilustración, sino la permanente posibilidad de reconocer los errores y los fracasos: de enmendar el plan de batalla. Hay culturas que mueren —como la romana de los últimos días del paganismo— porque carecieron de decisión para mirar los hechos nuevos, porque cerradas en el prejuicio escolar y

el trabajo formalista de una tradición que les parecía eterna, no advirtieron que al lado suyo, inmensas multitudes estaban clamando y sintiendo de diferente manera». No parece necesario añadir comentario alguno. La entrañable vigencia de esta reflexión mueve y conmueve. Dice mucho más que cientos de discursos, que miles de cuartillas de eventos, congresos, encuentros, cumbres.

Hacia esta misma dirección se encamina el discurso que pronunciara en la Universidad de Puerto Rico, titulado «Las pequeñas naciones». Pocos venezolanos pueden enorgullecerse de un texto así, que albergue tanta savia premonitoria. Si cada uno de ustedes lo buscara de nuevo o por primera vez, hallaría la exacta transparencia de un pensamiento que sabe distanciarse tanto de las prisas cotidianas, de la chabacanería diaria, como de las demagogias que siempre posponen los frutos. Y sobre todo, hallaría un excelente antídoto contra los complejos de inferioridad en que intereses bien concretos desean sumirnos. Junto a algo que cada día cobra mayor importancia: la necesidad de exterminar de una vez y para siempre la manía de que la culpa de nuestros males, de nuestras carencias y vicios, siempre es ajena, exógena.

Una breve muestra corrobora los elogios, incita al diálogo crítico. Allí Don Mariano se pregunta: «¿No es acaso la gran cuestión contemporánea hacer un sitio para el alma—para el alma individual y para el alma de los pueblos— en este mundo crecientemente tecnificado y materialista donde el culto por las cosas parece absorber el respeto por las personas?» Pregunta que lejos de empolvase, lejos de cubrirse de telaraña, se presenta cada día más flamante, estelarmente compulsiva; pregunta que ni sale del mito del supermercado para no desear nada, para no caminar tranquilamente con uno mismo —como hacía Baudelaire por París—, sin falsas necesidades, sin publicismo y sin telenovelas melosas, sin modas de revistas parecidas a las cuentas de vidrio con las que los colonizadores embrujaban a los indígenas.

La lúcida defensa de nuestras pequeñas naciones, que tienen en la divergencia y la diversidad sus principales sustentos, llega también a la crítica valiente a la voluntad de poder, a la masificación, burda o sutil. Y va a individualizarse cuando arremete con mordacidad irónica —algo, por cierto, poco frecuente en su prosa— contra la abundancia de un espécimen bien común en cualquier latitud: ese señor de superficialidades que se nos ha convertido en normal, en lo normal, y al que Picón Salas sabe ridiculizar sin picota cuando dice: «Más que el *zoon politikon* aristotélico este hombre de hoy es el animal que se afeita, engulle de prisa, solaza su oído con los más inarmónicos ruidos mecánicos y va el sábado por la noche a hacer contorsiones de orangután en una sala de bailes públicos».

El «porvenicista» conocía muy bien la interacción dialéctica entre lo colectivo y lo individual. De ella, priorizando siempre las singularidades, es que parte su idea de porvenir, las más reales esperanzas en un futuro que para ser mejor no tiene que sacrificar el presente, que para lograr transformaciones sociales y culturales no debe aplastar las divergencias y diversidades, sino todo lo contrario, potenciarlas como la única premisa inexcusable. «Para quienes nacieron con apetito de historia, toda tierra es de sembradura y toda época se puede cargar de destino» —es la oración final de «Las pequeñas naciones». Duramente lo hemos aprendido los venezolanos y los cubanos, los latinoamericanos, cada uno a su modo y con sus cruces.

La reflexión primera —el sentido «porvenicista» que gustosamente retomo— sigue adquiriendo matices, va moldeando la integridad ética, la proyección social. En un breve artículo —«Literatura y sociedad»— contra cualquier probable escamoteo declara: «La justicia social —meta y aspiración profunda de nuestra época; palabra que a veces se adultera en planes engañosos de políticos y arengas de demagogos— comienza con nuestro albedrío ético. Ninguna justicia puede prevalecer contra la primera libertad, ínsita a la naturaleza humana, que es la de la

conciencia. Y sin derecho al análisis, la discusión, la inconformidad, la protesta, la misma justicia social sería unilateral y sectaria; instrumento o mito de poder y no impremitable derecho humano». Allí mismo Picón Salas sabe denunciar al Estado Leviatán, sabe advertir contra los que se reservan el derecho de pensar, sabe luchar contra la «seguridad nazi o staliniana revestida de falsa justicia social o de revolucionario derecho obrero». Su aguda defensa del albedrío ético está en la almendra de lo que porvenir reclama, exige.

En «Pequeña confesión a la sordina», mesuradamente, sin apotegmas, sugiere en primera persona —en una primera persona de modestia con unas goticas de ironía: «Cierta gusto por la forma estética y cierto escepticismo que producen los libros de historia, cuando enseñan que la humanidad repite en distintas épocas parecidos errores y experiencias, me libraron (...) del fanatismo ideológico que caracterizó a otros amigos». Es claro que no podría hablarse de por-venir si aún los fanatismos siguen encuadrando el horizonte cultural, siguen queriendo ver la realidad en blanco y negro, en rojo y azul; si aún desaparecida la disuasión nuclear que arrastró la Segunda Guerra Mundial se mantuvieran impermeables las manías jacobinas y ortopédicas de izquierdas y derechas. ¿Acaso no pensaba Don Mariano como mejor opción la posibilidad de ser ambidextros, de rescatar el tópico de «libre pensador»?

Si una constante brilla más en su pensamiento es su aversión a los fanatismos de ideas y de estilos, de modas de vida y de escritura. En el discurso de recepción en la Academia Nacional de la Historia insiste una vez más en ello: «... cuando el espíritu de facción ha prevalecido sobre toda generosidad humana, conviene que haya en cada país muchos institutos donde los hombres depongan algo de su beligerancia callejera y discutan en ese clima casi intemporal del estudio desinteresado, del gusto de conocer sin que el conocimiento se convierta, precisamente, en consigna política».

Podría decirse que su aversión a las variadas formas de totalitarismo se le convirtió en algo obsesivo, de saludable recurrencia: «Un país inexorablemente dividido en 'buenos' y 'malos', en 'amigos' y 'enemigos' de la causa, no puede aspirar a una conciencia y un destino espiritual común» —afirma en «Notas sobre el problema de nuestra cultura». Ese ensayo, intimista y plural, podría recorrer hoy, desgraciadamente, muchos sitios de nuestro planeta, desde las naciones que antiguamente formaban la Unión Soviética o Yugoslavia, hasta las tribus de Afganistán; para no recorrer entre ricos y pobres o entre partidos y nacionalismos las tierras de la América nuestra. La búsqueda y los permanentes encuentros con una conciencia común pasan por signos éticos. Es una moral ciudadana, sin pizca de abstracción, nada generalizadora sino precisamente cotidiana, la que aliviaría los conflictos, la que reduciría la carga de injusticia, la que por ejemplo permitiría —en el terreno de la cultura— una actitud ecuménica, sanamente heterodoxa, sin verdades absolutas. En otras palabras: una eticidad donde una dosis de escepticismo sepa atenuar, desde la honradez, posibles, siempre posibles brotes de intransigencia.

En otro texto inexcusable —«Américas desavenidas»— Picon Salas concluye: «Ya no nos basta aquel individualismo estético, la lección sosegada del viejo maestro Próspero, porque estamos urgidos de solidaridad ética, y las ondas nos empujan hacia donde está bramando y solicitando lo colectivo. Ha desaparecido ese mundo de Rodó, de los finos aristarcas intelectuales de hace cincuenta años, e inquirimos, perplejos, qué es lo que va a nacer». Advierto que el reconocimiento de lo colectivo no implica colectivismo, que ese aristarca de Rodó tiene ahora que luchar contra los monstruos computarizados, contra las inundaciones de información inocua o contra las de construcciones relativistas...

La perplejidad no ha cambiado, el paisaje que la provoca sí. Ahora se produce la reacción de sorpresa y de temor ante otro

Leviatán: la banalización de la vida, de las costumbres, de la escuela, que tiene en la falta de concentración y en el caos apreciativo dos cabezas del mismo monstruo postmoderno. Lo que puede nacer —para terminar la parafrasis— es un mundo donde cada cual se abandone a la suerte, buena o mala, sin dejar de alimentar etnocentrismos, falsas necesidades, ruidos. La esperanza, sin embargo, es la última puerta que cierra. Ella me permite advertir contra los nuevos peligros geopolíticos y deculturales, machistas y estatales, neopragmáticos y racistas, fundamentalistas y antiecológicos.

El perplejo es un individuo que ha quedado confuso, vacilante, sin saber qué pensar, cómo salir de una situación embarazosa o cuál elegir entre varias decisiones posibles. La turbación es su marca... Pues sí, yo al menos también comulgo con la perplejidad de Mariano Picón Salas. También con él me hago copartícipe de su porvenicismo, se lo agradezco. El escritor parece que dice lo que muchas personas no desean oír, la premisa conduce a lo único que más o menos sabemos hacer: escribir, advertir, dar fe y conservar aunque sea un poquito de fe.

«Porvenicista», en suma y resta, es reconocer con él que «la herencia moral de Hispanoamérica es ese pensamiento de desterrados y desgarrados, de héroes trágicos combatiendo contra toda imposibilidad y toda adversidad al estilo de Bolívar, de Sarmiento, de Juárez, de Martí» como afirma en «Aventuras de las ideas en América», ensayo cuya lectura meditada recomiendo.

La segunda reflexión que deseo compartir con cada uno de ustedes atañe al amor a las palabras. Mientras crecen los lamentos sobre el cadáver del idioma, sobre la certeza de que cada vez se habla con menos vocabulario y menos juegos sintácticos, también avanza otro suspiro ante una realidad bien triste: las bohemias artísticas y literarias han sido barridas por los campus universitarios, un homolenguaje insípido y árido invade la crítica y el

ensayo, pocos autores —pienso en Octavio Paz— logran una prosa no ficcional inconfundible, realmente valiosa, motivante.

Aquí también Picón Salas regala enseñanzas fértiles. Ya es una crítica a los libros donde «la atiborrada erudición reemplaza al humanismo», donde «la escuela ficha al concepto, la farragosa cita al estilo» —como apunta en «Las pequeñas naciones», ya es en el ensayo «Literatura y sociedad», donde arremete contra «Aquellos escritores soviéticos que sometían sus novelas a las consignas del partido y llamaban ‘burgueses’ a los sentimientos que contrariaban la teoría petrificada»; y donde señala que «eran tan poco auténticos como los que nos presentan un acertijo sin belleza formal ni metáfora configuradora, como poema ultramoderno». O cuando en «Cultura y sosiego», luego de lamentarse de «esta espantosa edad de los records», recuerda que «el encanto de una buena lectura no consiste únicamente en la fórmula de conocimiento teórico que pueda ofrecernos, sino también en otros valores espirituales más complejos». Porque «a veces en los libros que señalaron una fecha o una orientación en la historia del pensamiento humano, importan no sólo las teorías sino los caminos de reflexión y perplejidad que condujeron al filósofo o al pensador a formularlas».

Cuando el mundo se prepara para celebrar el triunfo de la caridad cristiana, y se sabe que la productividad del trabajo en el 2000 puede estar reñida con la condición humana y las apetencias espirituales, cuando el saber hacer es más que nunca saber aprender, aún hoy el reclamo de Picón Salas en «Cultura y sosiego» sigue siendo una meta, una suerte de quimera. A pesar de tantos proyectos y declaraciones gubernamentales, de siglas de instituciones interesadas, de protestas ante realidades desaborladas, todavía se puede repetir con la mismísima actualidad las críticas de Picón Salas a la prisa en la lectura, a las fórmulas hechas, a los juicios de manuales «capaces de adornar la cabeza de los pedantes y los retóricos», a la mera información superficial, a los datos de

puro afeite para demostrar que uno está al día, a los que enseñan literatura resumiendo el argumento de **Canaima** sin vivir la tormenta en la selva, o de **Los pasos perdidos** sin remontar el Orinoco; a los que creen dinamizar el placer de leer un poema enseñando—como dijera Lezama Lima—la cláusula trimembre...

Cuando Picón Salas pide «Calma, gracia, perfección», porque son virtudes que se están perdiendo en la vorágine actual, parece una suerte de mago que adivinara el fin de siglo. Deletrear los tres sustantivos incita al diálogo. ¿Acaso la calma no es quizás la más perentoria de las necesidades espirituales para que el ser humano sea quien controle y maneje la explosión de ordenadores y autopistas, de fax y teléfonos celulares, de bibliografías transmitidas por satélite, de adoración a las prisas como si ellas garantizaran el verdadero éxito de cualquier tarea? ¿Acaso la gracia—comunicativa y expresiva— no debe sustituir las criptologías semióticas o semiológicas, rescatar aquel «lector común» que Virginia Woolf adoraba, favorecer que los eventos científicos de humanidades no se hundan en bostezos para el curriculum? ¿Acaso la perfección no exige de alquimia y orfebrería, de no trabajar sobre metas cronometradas, exámenes, angustias competitivas, de rehuir burocratismos académicos u oficiales?

«Lo que en los conocimientos actuales se nos presenta como dato erudito y abrumador, necesitará alquitarse en la ficción, en una nueva explicación mítica del destino humano» —dice el final de «Humanitas», otro de sus ensayos antologados. Sólo me detengo a observar el infinitivo. Alquitarar entrega, junto al perfil de un hombre que nunca divorció el qué decir del cómo decir, la corporeidad de su estilo, de su estilete. Y desde luego que del consejo —«alquitarse en la ficción»— surge casi un prontuario de lo que el ensayismo genuino exige a cada intérprete.

Si parece que el ensayo tiende a florecer en épocas de crisis, como lo demuestra la hora actual con sus transiciones a formas de

pensamiento menos «duro», se hace imprescindible un lenguaje donde la carnalidad de las palabras y de las frases remitan también a sí mismas, no teman a una metáfora o a una expresión coloquial, avancen a una comunicación que sin perder diafanidad no conceden nada a los que niegan el término justo por ser minoritario, la referencia obligada porque la ignoran o el salto topológico porque nunca paladearon un atardecer en Barquisimeto, unas uvas en Quíbor, un maracuchismo en el Zulia...

De la misma especie mítica, sopesando cada palabra, es su declaración de que «Ante las noticias que sólo son noticia, ¿no resultan mucho más nuevo los diálogos platónicos?», contenida en la penúltima cuartilla de «Viejos y nuevos mundos». La apreciación es sencillamente exacta, como cuando en medio de la Segunda Guerra Mundial, durante su exilio en los Estados Unidos, le preguntaron a Thomas Mann si se mantenía al tanto de los acontecimientos en su patria, y respondió serenamente que cada mañana en el desayuno leía la **Biblia**. La obsesión de estar al día, sobre todo cuando es al día de los avatares políticos, no poco ha enturbiado la obra de relevantes escritores latinoamericanos, no poco ha obligado—sigue obligando— a culpas y enterramientos de textos que enseguida son bendecidos por el más sordido de los olvidos, por el más brioso de los silencios. No creo ocioso, en este ángulo, recordar a tanto petimetre que está tan al día de la más reciente literatura que nunca ha tenido tiempo para hojear a San Juan de la Cruz; o recordar a tanto catrín que en sus clases universitarias no deja de citar la consigna crítica de moda porque es olímpicamente incapaz de sumergirse en la *Paideia*.

En aquel «Prólogo al Instituto Nacional de Cultura» que no llegó a leer en 1965, Picón Salas vuelve al ataque contra fanáticos y simplificadores. No desea que penetren «las místicas y propagandas de quienes desean comprometernos en las agrias querellas de poderío mundial disfrazado de ideología; en el maniqueísmo intolerante y esquemático de la época en que unos son los réprobos y

otros los bienaventurados». No desea. Sabe y por eso afirma: «La simplificación propagandística hace que gentes aún con título universitario, piensen con los mismos lemas, con los mismos *slogans* elementales que se aplicarían a la venta de un jabón o una panacea. De la cultura de los 'pensadores' parecemos marchar a una vergonzante cultura de 'locutores' que impondrían como dogma su anuncio petrificado».

El «Prólogo» de 1965 —de hace casi treinta años— podría leerlo ahora mismo. Si bien es cierto que de la división en réprobos y bienaventurados sólo subsisten algunos tumores llamados a desaparecer antes de que finalice el siglo, al menos en lo político (y ojalá sea bien pronto); los «locutores», sin embargo, tienden a la proliferación, a expandirse como una epidemia incurable. La cultura del *slogans* aumenta, sabe disfrazar su veneno, edulcorar la píldora, repetir la dosis hasta el cansancio. Por cansancio y haraganería está triunfando, porque no sabemos enseñar el estímulo de lo difícil, el placer de pensar sin orejeras.

Al principio les prometí dos reflexiones encaminadas a incitar la lectura, a favorecer el diálogo sin unanimidades. Creo que se me fue la boca. Irse de boca también debe ser un derecho... Excúsenme cualquier exceso, los énfasis de un cubano que desea ser «porvenicista», favorecer al libre pensador, saborear palabras. Les agradezco la oportunidad merideña. Una oportunidad que seguirá meditando si realmente existen literaturas nacionales, festejando el derrumbe de las metahistorias, defendiendo la ambigüedad como un derecho inalienable, recordando hechos e ideas para que vuelvan o para que no vuelvan a suceder, buscando —con Américo Castro— la intrahistoria, la conquista del amanecer.

A la prosa de Don Mariano también le sirve lo que él dijera de José Martí: «Era todo aire, ascenso y vibración como sus palmeras de Cuba». Ello no significa —y es otro homenaje— que haya que compartir todas sus ideas. Nunca quiso derribar sino

convencer. Tampoco admitiría que lo deificaran, que su obra sufriera ditirambos operáticos. Quizás por eso mismo las palabras de Mariano Picón Salas rigen hoy como él quería, como aventura interminable.

